EBRIAS DE AMOR

ANA ÁLVAREZ - ISABEL JENNER - SANDRA BREE
AVA CLEYTON - ANA E. GUEVARA

# ENTRE BROMAS DE AMOR

Selecta

# Entre bromas de amor

## Ebrias de amor

*Ana Álvarez, Sandra Bree, Isabel Jenner,*
*Ana E. Guevara y Ava Cleyton*

Selecta

*Para todas nuestras Ebrias de Amor,*
*gracias por ser unas lectoras tan maravillosas*

*Sierra de Gredos, Ávila*

*28 de diciembre*

Las chicas del JB estaban todas juntas y de vacaciones. Y sus chicos las acompañaban.

Por un milagro que nadie entendía excepto Chus, que tenía línea directa con la patria celestial, habían conseguido cuadrar los horarios entre las celebraciones de Navidad y Nochevieja para poder pasar un fin de semana único en una preciosa casa rural que se alzaba entre los paisajes nevados de la sierra de Gredos.

El alojamiento, además de bonito, también era descomunal. El exterior tradicional de piedra y teja escondía una planta inferior con salón, sala de cine y cocina, y una planta superior de seis habitaciones con baños privados. Algo necesario para alojar a doce personas con el suficiente grado de intimidad que requería la situación. Sobre todo, si Vero había llevado alguno de sus juguetes consigo.

Que la escapada coincidiera con el Día de los Inocentes solo hacía las cosas aún más interesantes…

Los primeros en llegar fueron Lena, Vero, Óscar e Ismael. Habían decidido ir todos juntos en el coche de Lena, y ella solo llegaría tarde a un sitio si antes la hubieran retenido a punta de pistola los atracadores de un banco… maniatada y amordazada.

Dejaron las maletas en el enorme salón, donde unas cristaleras de pared a pared se asomaban a un bosque cubierto de una capa blanca y esponjosa como el glaseado de azúcar, y se sentaron a esperar al resto para repartir las habitaciones, ya que la dueña del establecimiento les había entregado las llaves y se había marchado.

Muy pronto, Anisi y Jorge entraron sacudiéndose los copos de nieve que se les habían quedado adheridos a la ropa al ir en moto. Los movimientos de Anisi era un poco rígidos porque se había puesto tantas capas de tela como para vestir a tres personas en el Ártico. O, por lo menos, a ella y a Tere, que se abrió camino en la estancia con un sonriente Fernando a su costado —quien había conseguido que su compañera y amiga, Lucía, cubriera su turno en el centro de salud—. La vallecana llevaba el ombligo al descubierto, y el contraste entre la bufanda gruesa de leopardo que le rodeaba el cuello y los costillares expuestos a la intemperie era espectacular.

—Te vas a resfriar, Teresa —llegó la voz dulce de Chus desde la entrada poco tiempo después.

Tanto ella como Jesús traían los brazos cargados con botellas de carísimo vino tinto del que giran, degustan y hasta olisquean los sumilleres, y algún que otro lujo navideño como caviar del mar Caspio.

Los últimos en llegar fueron Romi y Kerem, y su aparición acabó con la animada charla alrededor de la chimenea repleta de troncos ardiendo porque Romi llevaba puesto un plumas

normal. Negro. Sin nada estrambótico.

—Parezco una fotocopia de mí misma en blanco y negro, lo sé. —Se encogió de hombros con resignación—. Me lo ha regalado mi prima Sammy y es lo más abrigado que tengo.

Tras los besos y abrazos, Lena agitó las llaves de las habitaciones delante del grupo. Cada una tenía un llavero de un color.

—¿Lo echamos a suertes?

—Os lo dejamos a vosotras —respondieron los chicos.

Tere cogió uno de los cojines del sofá, le sacó el relleno y se lo ofreció a Lena.

—Échalas aquí y las sacamos a ciegas, como las bolas del bingo.

—¿Metemos la mano todas a la vez? —propuso Vero.

Hubo un asentimiento general y, a la de tres, todas sacaron las llaves de sus respectivos cuartos. Amarillo para Vero, azul para Romi, morado para Tere, naranja para Chus, coral para Anisi y rosa para Lena.

—¿Nos volvemos a reunir aquí después de dejar las maletas y cambiarnos, guapis?

Anisi le había dado la mano a Jorge, que la estaba mirando con bastante intensidad.

—Cada uno que se tome el tiempo que necesite para atusarse, ¿eh? Sin prisas —intervino Romi con su expresión de mapache conspirador mientras Lena y Vero intercambiaban una sonrisa.

Aunque Chus no dijo nada, llevaba la palabra «culpabilidad» escrita en la cara, pero Jesús siempre había sido víctima involuntaria de los actos delictivos de su angelical novia y ni se dio cuenta.

De hecho, ninguno de ellos parecía sospechar que sus chicas se traían algo entre manos. Un 28 de diciembre. Un día para hacer trastadas. Un día para las inocentadas.

Los doce se encaminaron a sus dormitorios para empezar una escapada que prometía mucho, porque las chicas del JB no iban a dejar pasar ni la más mínima oportunidad en una fecha como aquella.

## Habitación azul

## Romi y Kerem

Mentiría si dijera que no entré en la habitación azul que nos había tocado a Kerem y a mí con la pequeña esperanza de que se pareciera a la aldea de los pitufos. Lo que me encontré, sin embargo, fue un dormitorio de aspecto lujoso y muy amplio, con una cama aún más grande cubierta por una colcha azul capri y cortinas a juego. El resto de la decoración tenía tintes navideños, con una guirnalda con acebo por aquí, unas piñas con lacitos dorados por allá y unos elfos de mirada astuta que nos observaban desde la mesilla de noche. Tenían las piernas colgando casi hasta el suelo de una forma antinatural que me resultaba perturbadora, porque todo el mundo sabe que los elfos no tienen extremidades kilométricas cual ángeles de Victoria's Secret.

—¿Quieres que los esconda en el baño cuando nos vayamos a dormir, *tatlim*?

Me giré un poco hacia Kerem, que ya había dejado las maletas junto a la puerta y también tenía la mirada puesta en esos seres inquietantes.

—A ti tampoco te van —concluí—. Es por las piernas, ¿verdad?

Mi ~~dios turco del desenfreno y los encuentros carnales de placer estratosférico~~ compañero en el amor y en el trabajo solo me sonrió y se acercó para bajarme la cremallera del abrigo negro que todavía llevaba puesto. Y que seguía siendo negro por completo porque aún no había tenido tiempo de coserle los parches de «Barrio Sésamo» adquiridos para solventar dicha contingencia.

Al abrirse las dos partes del plumas, quedó al descubierto la joya de la corona de mi colección de jerséis de invierno: sobre un fondo de lana rojo chillón, hileras de muñecos de nieve, galletas de jengibre, bastones de caramelo, cenefas alpinas y abetos de Navidad giraban unos sobre otros en un apabullante *horror vacui* textil.

—¿Crees que les gustará a los demás?

—Les va a volver locos, *tatlim*.

—De forma literal —me reí—. Sus ojos no van a ser capaces de registrar tantos estímulos.

Mi marido me sujetó de la cintura y acercó sus labios a mi oído.

—¿Te cuento un secreto? A mí me encanta todo sobre tu ropa, Romina. Desnudarte por las noches, ver qué eliges y cómo te vistes por las mañanas… y pensar en cómo deshacerme de todo otra vez al volver juntos a la cama.

Su acento suave y los besos que empezó a derramar sobre mi cuello iban a conseguir que ~~mi temperatura corporal se disparase hasta derretir toda la nieve de Gredos~~ me desviase de cierto asuntillo que tenía que llevar a cabo.

Y es que, el Jueves Borroso previo a nuestra escapada de fin de semana, cuando ya habíamos cerrado la reserva para entrar el día 28 de diciembre en la casa rural, se fraguó un plan alocado, eufórico y nada meditado en el Lolita's:

Íbamos a gastarles una inocentada a nuestros chicos asegurándoles que nos habíamos quedado todas embarazadas a la vez a propósito para repoblar el planeta con una nueva generación de pequeños retoños de las chicas del JB que crecerían y jugarían juntos.

¿Qué podría salir mal?

—Kerem… —empecé, después de un par de besos profundos y caricias lentas porque ~~tampoco tengo tanto autocontrol~~ no quería que el pobre se sintiera mal con mi rechazo.

—¿Mmm?

—Ya que estamos hablando de ropa… quiero enseñarte algo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Me escurrí como pude de entre sus fuertes brazos, con el roce de su barba cosquilleándome todavía sobre la piel, y me agaché para abrir mi maleta y sacar unos cuantos pantalones que tiré sobre la cama. Cada uno era de un estilo. Vaqueros, de cuero, de pana, pero todos tenían algo en común. Algo que le iba a enseñar a Kerem en un momento. Cogí uno al azar y me volví hacia él.

«Vamos allá».

—¡Tachán! —exclamé mientras tiraba de la cinturilla de goma—. He transformado alrededor de un treinta por ciento de mis pantalones y los he convertido en elásticos.

—Eso está muy… ¿bien? —replicó, dubitativo.

No pude evitar contemplarlo un momento. Esa mañana habíamos salido con prisas y se había dejado el pelo largo suelto en lugar de peinarlo en el moño que solía llevar, lo que le daba un aspecto indomable que me aceleraba el pulso.

Además, había apoyado el trasero sobre la mesa donde estaba la tele y había cruzado un tobillo encima del otro en una postura que ~~me hacía pensar en lengüetazos, cristales empañados y otras picardías todavía más explícitas~~ resaltaba su atractivo.

«Céntrate, Romi».

Carraspeé un poco y le di vueltas a mi anillo de casada.

—Sí, está muy bien. Y no solo por el máximo confort que supone ir sin apreturas para afrontar el reto que nos lanzan los excesos gastronómicos propios de estas fechas, sino porque se adaptan al cuerpo y dan mucho de sí. Ya sabes, en caso de que necesiten expandirse. Hasta cierto punto,

claro.

Kerem había fruncido las cejas y sus ojos oscuros solo revelaban confusión.

La inocentada no estaba resultando tan fácil como cuando lo habíamos hablado en un ambiente de camaradería aderezado con bastante travesura y copas con y sin alcohol en el Lolita's. Se me estaba empezando a secar un poco la boca de los nervios al pensar en cómo acabaría todo.

Menos mal que no se me había ocurrido sacar del maxibolso del caos la ristra de muñecos del Día de los Inocentes que había recortado con tanto esmero. La tarde en la que me dediqué a esa manualidad clandestina, se me había pasado por la cabeza darle uno a Kerem y decirle que lo llevase siempre consigo en un lugar visible porque era un amuleto de la buena suerte, una cosa muy típica en España. Hasta lo había plastificado para que le durase mucho tiempo y no se le doblasen las puntas.

Por suerte, alguna fuerza cósmica me había detenido a tiempo para evitar echar más leña al fuego. Quería gastarle una broma, no acabar con la relación.

Pensé en que mis chicas debían de estar en una situación parecida y me di ánimos para continuar. Tal vez debería probar un enfoque más simbólico. Puede que así me saliera mejor.

—Vale. —Descarté el pantalón de pana, acampanado a la par que elástico, sobre la cama e inspiré hondo, dispuesta a abordar el asunto sin más dilación—. ¿Puedo formularte unas preguntas?

Él asintió una vez.

—¿Crees que si un unicornio y un dinosaurio se encontrasen podrían sentirse atraídos sexualmente el uno por el otro? Y, en caso afirmativo, ¿cómo se llamaría la criatura que concebirían ambos?

Noventa y nueve de cada cien seres humanos ~~y animales~~ se habrían sorprendido por las palabras que acababan de abandonar mis labios, pero Kerem era Kerem y estaba casado conmigo, por lo que su reacción fue distinta.

—¿Da igual qué tipo de dinosaurio sea?

—Ajá.

Descruzó los pies y se impulsó hacia delante para acercarse a mí con gesto concentrado.

—*Dinocornio*. ¿O puede que *unisaurio*?

Me producía una ternura arrolladora que siempre estuviera dispuesto a seguirme el juego en mis ~~absurdeces~~ deslices mentales.

—Claro que… —Se llevó un dedo a la barbilla—. Si el enamorado fuera un diplodocus, sería más apropiado decir *unidocus.* Por eso me gustaría que fueras más específica.

Le saltaban chispitas de los iris. Sabía que yo estaba tramando algo y me estaba tomando el pelo.

Aquello no estaba marchando bien, pero yo era una avezada maestra de la improvisación, un as en reconducir conversaciones y llevarlas hacia donde quería, e iba a demostrarlo.

—Olvídate de los puñeteros diplodocus. He hecho un pacto… —balbuceé.

—¿Con el demonio?

—¡No! —La leche, Kerem estaba demasiado influenciado por mi prima Sammy—. Con las chicas del JB.

—¿Y qué es lo que habéis pactado, *tatlim*?

El corazón me latía tan fuerte que estaba convencida de que iba a provocar un alud que sepultaría la casa rural bajo toneladas de nieve.

Lo solté todo de corrido.

—Nos pusimos de acuerdo en quedarnos embarazadas al mismo tiempo. Es decir, ya. Es una fantasía que vayamos a tener hijos que se críen como si fueran familia. Anisi será la tía *loqui*, Lena y Vero pondrán cordura, Chus les enseñará a cantar en el coro, Tere a trucar motos y nosotros nos los llevaremos de vacaciones a Estambul cuando sean mayores… ¿Kerem?

La nuez de mi marido se movía de arriba abajo en un movimiento hipnótico al tragar saliva de forma convulsa. Su piel, de un precioso color dorado, se había quedado pálida.

«Joder. ¡Voy a hacer que le dé un jamacuco!».

—Cariño, ven, siéntate en la cama.

Le agarré las manos y lo guie con cuidado hasta colocarlo sobre el colchón.

—Kerem, respira. Seguro que te ha dado una bajada de azúcar y necesitas regaliz. Espera, he traído bastante en el bolso.

—No, *tatlim*. —Me rodeó la muñeca y me atrajo hasta él con mucho cuidado hasta que quedamos los dos tumbados, abrazados sobre la cama—. Solo te necesito a ti. Te quiero más de lo que se puede expresar en cualquier idioma.

—Yo también te quiero —aseguré con un hilillo de voz y los ojos muy acuosos en respuesta a la emoción tan profunda que transmitía cada poro de su piel.

Me besó por toda la cara y me apartó el pelo antes de instarme con dulzura a que lo mirara.

—¿Cuándo ha sido? —Al segundo se le iluminó el rostro y me robó otro beso, esta vez en los labios, para después seguir con tono ronco—: ¿Ese día en la caravana del set de *Tú a Estambul y yo a Estepona 2*?

Me quedé sin aliento solo de pensar en lo que habíamos hecho durante aquella jornada de rodaje. Se había desatado la tormenta del siglo y habíamos tenido que esperar dentro de la caravana a que escampase para continuar las grabaciones en exteriores. Jamás me imaginé que mi cuerpo pudiera alcanzar esos niveles de flexibilidad y no acabar con una luxación de cadera. Aquel sí que había sido un arrebato salvaje, impulsivo, aunque nada cuyas consecuencias no estuviéramos dispuestos a asumir de buenísima gana como la pareja sólida que formábamos.

—Ya sabes lo que dicen —susurré—. Antes de llover…

—No chispeó. Diluvió —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Y bendita lluvia.

De manera inconsciente, me llevé una mano a la tripa y luego entrelacé mis dedos con los de él.

—Kerem, lo cierto es que tengo algo que confesarte…
Me acerqué a su oído y se lo conté todo.

## Habitación coral

## Anisi y Jorge

—Hala, me encanta nuestra habitación coral, Jorge. Es *supercuqui* —exclamé pegando un brinco.

Tiré la bolsa de viaje y corrí hacia la ventana. Jorge se había sentado en el borde de la cama —una de esas súper mullidas, de madera e inmensa con un edredón blanco que la cubría— y me miraba sonriente.

—No te molestes en mirar fuera, cariño… no vamos a salir mucho de esta habitación.

Estaba tan atractivo ahí sentado, con su ropa de motorista de invierno. Yo aún estaba intentando recuperar la movilidad de mis manos y mis pies. Había pasado tanto frío en la moto que no podía ni desabrocharme la cremallera de mi mono de *Gore-Tex* "térmico", porque lo ponía en la etiqueta.

—Anda, ven que te ayudo a desvestirte, Frozen —se ofreció con una sonrisilla divertida

Llevábamos sin vernos tres días. Estaba loca por que llegara el fin de semana, que me recogiera en casa para venir a pasar unos días con mis amiguis. Y con él.

Me acerqué y me coloqué entre sus piernas. Jorge se había quitado la parte superior del mono y llevaba una camiseta blanca pegada, que marcaba su musculatura.

—Agáchate un poco para que pueda desabrocharte, Ana.

Me encantaba cuando me hablaba casi en susurros.

Me quedé de rodillas ante él. Nuestras caras estaban muy cerca. Jorge posó sus manos alrededor de mi cintura y me besó.

—Te he echado mucho de menos —musitó en mi oído—. No veía el momento de ir a por ti y traerte aquí conmigo. Vas a ser mía toda la noche, *are you ready, baby*?

Ummm, solo de pensarlo sentí cosquillas por debajo del ombligo.

—Sí…

—Vale… —me susurró mientras desabrochaba la parte superior del mono.

Yo intentaba besarle el cuello, él me apartaba, suavemente.

—Aún no te he desnudado, mi amor… No seas ansiosa.

Me dio otro beso suave, rozándome nada más. Jorge era así. Le gustaba tomarse su tiempo y disfrutarme. Y a mí me encantaba que lo hiciera. Me excitaba con sus palabras siempre en bajito, sus besos en el cuello, su forma de mirarme.

—Ana, estás guapísima.

—¿Te gusta? Lo he comprado para ti…

Al abrir la cremallera avistó el encaje rojo de mi sujetador.

—Te va a durar poco puesto, eso sí.

Entonces me dio la mano para que me levantara y me empujó con suavidad a la cama. Cuando caí sobre ella pensé que lo hacía sobre una nube. Estaba tumbada. Me quitó las botas mientras yo me desabrochaba lo que quedaba de mi mono. Tras sacármelas, tiró de ambas perneras.

—¡Ay, qué a gusto! —exclamé muerta de risa, ocupando la cama con mis largas piernas estiradas al aire.

—Me desnudo y enseguida estoy contigo, ¿vale? Pero por favor, no te quites tú sola nada más…

Jorge se fue hacia el baño y cerró la puerta.

Ufff, qué bonito me parecía todo aquello. La habitación era muy acogedora, como de cuento, con muebles de madera y cortinas de flores en tonos corales y granates. Abrí el edredón y me metí dentro. Las sábanas eran suaves, olían a agua de colonia. En las mesillas había ramitos de flores rojas navideñas.

Escuché que se abría la puerta del baño.

—¿Es cómoda la cama? —me preguntó Jorge en ropa interior.

—Mucho —le respondí. Ya me había puesto a gatas y le besaba la cintura.

Jorge me levantó suavemente y puso mi cara a la altura de sus labios. Me besó de nuevo. Pero esta vez la intensidad fue mayor porque mientras lo hacía comencé a acariciarle. Los hombros firmes, la cintura, ese trasero suyo que me volvía loca.

—Jorge… —suspiré.

Con él siempre era así. Cada vez que hacíamos el amor era como la primera vez. Todo encajaba. No nos sobraba ni nos faltaba ninguna caricia, ningún beso, ningún mordisco. Era como si cada vez que nos mirábamos sintiéramos la inminente necesidad de devorarnos.

Me gustaba tanto hacerlo con él que ya no recordaba cómo era hacerlo sin él.

Me tumbó de nuevo sobre la cama y me retiró el pelo de la cara. Nos comíamos con los ojos, aquellos ojos que ya miraba desde hacía meses y en los que leía la gran tranquilidad de habernos encontrado. De estar juntos. La inmensa felicidad de tenernos. Sin miedos.

No me importaba que todavía no me lo dijera. Que no lo verbalizara. Cuando menos lo esperaba, Jorge era capaz de soltarme las cosas más bonitas del mundo. Era cariñoso. A veces me llamaba *nena*, otras *mi niña*, o *bebita*. Seguía siendo él, algo encorsetado y reservado delante de desconocidos, pero a mí me mostraba una parte de sí mismo tierna y apasionada. Solo

conmigo. ¿No os parece *tupendi*? A mí, un milagro.

Pero aún no había pronunciado las dos palabras mágicas. Yo sí. Se las escribía en los wasaps, se las susurraba cuando nos despedíamos: *Te quiero, Jorgi*; *tqm, banquero*; *te quiero muchiiiii*. Siempre muerta de la risa con la consecuente carcajada de él.

Jorge me quitó las braguitas rojas a juego con el sujetador. Luego empezó a acariciarme mientras sonreía. Lo hacía tan despacio, con tanta ternura, que a cada movimiento yo sentía que podría desmayarme de placer. Nos amamos hasta caer agotados sobre la cama y yo me pegué a él, con mi mano encima de su pecho, aún palpitante.

Lo miraba de perfil. Todavía no me acostumbraba a la perfección de su nariz recta, sus labios carnosos, su frente despejada. Tenía los ojos cerrados. Cuando le acaricié los párpados con los dedos abrió los ojos y giró la cabeza.

—Ana.

— Te molesta, ¿a que sí? Te hago cosquillas en los párpados…

—Te quiero.

Un vuelco en el corazón hizo que me asustara. Creía que soñaba. Me quedé en silencio. Él me cogió la mano y la besó.

—No sueñas, cariño —me susurró al ver que las lágrimas salían de mis ojos—. Te quiero.

Y de repente sentí que una explosión de completa alegría me invadía por entero.

Me puse en horcajadas sobre él.

—¡Jorge, lo has dicho!

—¡Sí!

—¡Que me has dicho que me quieres, en voz alta!

— Y ahora lo voy a repetir todos los días de mi vida hasta que me muera. Las veces que haga falta. Ana, ya nunca más voy a sentir miedo a decirlo. Y gritarlo: ¡Ana, Anisi, te quiero, te quiero, te quiero!

—¡Sh!, vas a despertar a mis amigas, loqui… —Le tapé la boca llorando de la risa.

—¡Me da igual!  Me da lo mismo, cariño, te quiero, te quiero.

Jorge me quitó de encima de sus rodillas, se levantó y me agarró la mano. Me llevó hacia la ventana y abrimos las cortinas. Había comenzado a nevar. Me abrazó por detrás.

—Ana, nunca sabrás lo feliz que soy.  Solo me arrepiento de no habértelo dicho antes. Llevo enamorado de ti desde la primera vez que entraste en mi sucursal y preguntaste por mí: «*Holi*, ¿eres el director?». Con ese acento tuyo tan característico que te hace única.

—¡Gracias a Dios! —bromeé

—¡Gracias a tu madre y tu padre, mejor dicho! —susurró a mi oído mientras me daba un pequeño mordisquito en el lóbulo.

—¡Estarían inspirados la Paqui y su marido! Nunca hemos hablado de ello, me da como pudor…

—¿El qué?

—Pues eso, que nunca me he atrevido a preguntar a la Paqui dónde me concibieron.

—Debió de ser en un lugar tan maravilloso como este, mi vida.

Me lo estaba poniendo a huevo, ¿a que sí?

—¿Crees que este lugar sería maravilloso entonces para concebir un bebé, Jorge?

Noté que se acababa de poner tenso.

—Supongo que sí…

—¿Solo supones? —le pregunté dándome la vuelta y sonriendo.

Se hizo un silencio entre nosotros. Sentí que me empezaba a poner nerviosa. Pensé en las chicas. ¿Se lo habrían dicho ya a los suyos? ¿Cómo habrían reaccionado?

—¿Qué intentas decirme, Ana?

Suspiré primero, antes de contestar.

—Bueno, Jorge. Ya que has sacado el tema…

Se había puesto serio, como cuando leía las escrituras. A mí me entró la risa.

—Anisiii.

—Jajaja… Y llevas razón cariño, mejor lugar que este para comunicártelo no hay. ¿Te has fijado en los árboles? Qué verdes, ¿a que sí? En Móstoles no son tan bonitos.

—¿Qué me ocultas, nena?

—¿No te lo imaginas, cariño?

—Soy banquero.

Jorge se había vuelto a sentar en el extremo de la cama y me miraba con bastante desconcierto. Le tenía confundido. Me subí sobre él y me quedé en horcajadas.

—¡Pues que estoy embarazada, mi amor!

Lo debí de decir con mucho entusiasmo porque Jorge soltó una carcajada como en su vida.

—Estás como una cabra. Menos mal que sé que es mentira.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Tú misma me dijiste que estás tomando la píldora.

Lo miré, divertida.

—¿Sabes que fuera de tu banco los cálculos pueden fallar?

—¡Madre mía! —exclamó mirando al techo.

—Entre eso y una que es algo despistadilla…

—¡No!

—¡Sí, Jorge!

Jorge se había quedado callado. Seguíamos en la misma postura. Suspiró. Tras ese gesto me agarró de la cintura.

Y reaccionó como jamás imaginé que haría. Me dio un beso lento con lengua, me acarició la tripa con ternura infinita y, con lágrimas en los ojos, añadió:

—O sea, que ahí dentro ya hay un Jorgito o una Anisita…

Si con los *te quieros* de hacía unos minutos me había hecho sumamente feliz, con aquel gesto

me había colmado para siempre.

—Eso parece, *papi* —le contesté mimosa, con la voz cargada de emoción.

—¿Ah, sí, *mami*? Pues solo espero que haga un huequito a su padre, al menos hasta la hora de la cena, ¿no? Habrá que celebrarlo…

Ya tenía de nuevo las manos sobre mi cuerpo mientras me daba besos por el cuello.

El segundo asalto comenzaba con más pasión que el anterior ¡si es que eso era posible!

## Habitación naranja

## Chus y Jesús

—Me encanta la habitación naranja. Me parece superromántica —le dije a Jesús, emocionada, después de volver a salir a por el equipaje al coche.

—Espérate a que la veamos, Chus. Y no corras muy deprisa.

Me volví a mirarlo. El pobre cargaba con las maletas, mientras que yo llevaba el bolso colgado en el hombro y un neceser en la mano.

—¿Quieres que te ayude?

—No, ya puedo con todo.

—¿Estás seguro? Te veo un poco colorado.

—No, para nada. Por curiosidad, cariño. ¿Qué es lo que has guardado en la maleta?

—Un muerto.

—Ya decía yo. Pero sabes que solo vamos a estar un fin de semana, ¿no?

Sonreí con tristeza. Prefería quedarme más tiempo, pero ya era extraño que todos hubiéramos podido coincidir ese fin de semana, de modo que debía darme con un canto en los dientes.

—Sé que decían que ponían sábanas y toallas, pero he preferido traerlas de casa. También me he atrevido con la almohada. Tenías que haber visto a mis sobrinas apretujándolo todo para que entrase en las maletas.

Justo cuando llegamos a la puerta del dormitorio, él soltó todo y respiró aliviado.

—Vamos a ver el dormitorio naranja —susurró.

Me costó abrir la puerta. Ese día tenía yo el pulso como para robar panderetas.

Jesús entró detrás de mí, empujándome, porque los pies se me habían quedado parados en el quicio. El dormitorio era naranja naranja. Tanto que me recordaba a las bombonas de butano que compraba don Antonio para la estufa de la sacristía.

Observé que tenía calefacción, pero sentí una enorme desilusión. Quería una chimenea de piedra como la que había en el salón. Por algún extraño motivo quería hacer el amor en una manta frente a la lumbre.

La cama era grande y mullida. Parecía cómoda. Tenía un baño que no estaba nada mal y unas vistas a la sierra de Gredos que quitaban el hipo.

—¿Qué te ocurre, Chus? Este sitio es estupendo. —Me rodeó entre sus brazos y alcé la cabeza para mirarlo. Me perdí en sus ojazos azules.

—Sí, a pesar de lo naranja que es, es muy bonito.

—¿Entonces?

Rodeé su cuello con ambos brazos.

—Me imaginé haciendo el amor frente al fuego con una copa de vino.

Él arqueó las cejas.

—Yo imaginé lo mismo en el *jacuzzi*.

Ambos nos apresuramos hacia el baño y asentimos al ver el *jacuzzi*. Creo que él lo había visto nada más entrar en el cuarto, pero no me dijo nada. Bueno, un *jacuzzi* tampoco estaba mal. Como hubiera dicho mi madre —que no sé por qué me acordé de ella en ese momento—, lo importante era la compañía y el vino. Un vino que habíamos dejado en la cocina al poco de entrar.

—Jesús, hay algo que tengo que contarte y es muy importante. Pero no sé cómo decírtelo.

Para las bromas soy pésima, sin embargo, era el Día de los Santos Inocentes y las chicas y yo había preparado una bromilla de nada. Ni siquiera sabía si iba a poder llevarlo a cabo. Jesús es policía, y a la policía es muy difícil engañarla. Estaba segura de que iba a descubrirme en seguida. En el *Cluedo*[1] él siempre ganaba.

Lo llevé hasta el dormitorio de nuevo para tener la cama cerca y poder sentarme en ella. Las piernas me temblaban más que un inquilino en la casa de Drácula.

—¡Ey, no puede ser tan malo! —me dijo pellizcándome con suavidad la barbilla.

—Tampoco es tan bueno. O eso creo.

—¿Es sobre tu madre?

—No.

—¿Estás enferma?

—No… de manera física. —Vi preocupación en sus ojos y sacudí la cabeza—. No estoy enferma.

Él frunció el ceño.

—Me tienes en ascuas.

—Recuerdas que hace poco te dije que estaba un poco indispuesta, así como revuelta. —Él asintió. Aunque no pretendiese hacerlo, se enderezó y tragó con dificultad—. Pues estoy embarazada.

—¿Co… cómo puede ser…, cómo?

—Es sencillo, Jesús. Has plantado la semilla en mi jardín, y este está floreciendo…

—Chus, sé cómo funciona esto. Me refiero a que pusimos medios.

—Sí, pero yo creo que a alguien se le debió romper algo, y no quiero mirar a nadie —llevé los

ojos hacia la ventana. Si lo seguía mirando se iba a dar cuenta de la mentira.

—Bueno. —Él sentó sobre la cama y me obligó a hacer lo mismo a su lado. Suspiró. —Pues los dos somos adultos, y a lo hecho, pecho. —Pestañeó confuso—. Una pregunta: esto no tiene nada que ver con el día que es hoy, ¿verdad? Por los Santos Inocentes.

—¿Hoy son los Santos Inocentes? —Me hice la sorprendida. Creo que exageré un montón, pero él no se dio ni cuenta—. ¡Madre mía, estoy tan embarazada que ya no sé ni en el mundo en el que vivo!

Me pasó un brazo sobre el hombro.

—Si has estado preocupada estos días, tenías que habérmelo contado, cariño.

—¿Tú qué piensas de todo esto?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que me siento preparado para ser padre y que tú serás una madre estupenda. Supongo que querrás casarte antes, ¿no? —Me sentí fatal por tomarle el pelo de ese modo. Había pensado que se iba asustar, pero ¿y si se ilusionaba? ¡Dios, ya lo imaginaba pidiéndome en matrimonio!—. Todavía falta un poco para presentarme a los exámenes, pero seguro que puedo compaginarlo bien.

Tenía que reunir al gabinete de crisis. No podía seguir adelante con aquel plan maquiavélico. No solo el Altísimo me iba a castigar ¿Cómo me había dejado convencer por las chicas, si procuraba tener los dedos cruzados para no santiguarme por mis pecados?

Recordé la insistente voz de Teresa: «Chus, es una broma, no una mentira».

—¿Me has oído?

No. Ni siquiera sabía que seguía hablando. Había desconectado. Él me abrazó con dulzura y con los labios me rozó la mejilla.

—Digo que siento deseos de contárselo a todo el mundo.

—No, aún no. Vamos a guardar el secreto un poco más.

—¿Por qué? ¿No está segura?

—¡Claro que estoy segura! No te lo habría dicho de no saberlo con certeza.

Él comenzó a sospechar. Lo supe por su mirada. ¿Qué podía hacer?

—Voy al baño. —Me puse en pie y me dirigí al baño, no sin antes meter mi teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Te acompaño? ¿Te encuentras mal? —Me siguió.

—¡No! Tranquilo, todo está bien.

—¿De verdad?

—Voy a… hacer algo que nadie puede hacer por mí. —Por no decirle que me estaba haciendo caca. Eso de que con el miedo te cagas, es verdad, lo afirmo.

Una vez en el baño, acomodada en el trono, abrí el WhatsApp del grupo JB.

> Yo: No puedo hacerlo, chicas. Creo que Jesús se está emocionando.
>
> Teresa: ¿Ya se lo has dicho?

Y: O lo hacía rápido o no lo hacía. Ahora me estoy sintiendo mala persona.

Anisi: Es una broma, amigui. Luego te rezas unas oraciones y listo.

Y: Esto no funciona así.

Verónica: No te sientas culpable. Deberías estar muy contenta de que se lo tome tan bien. Lo raro es que Jesús se lo crea tan pronto.

Lena: Te prometo que yo estaba pensando lo mismo. ¿No tiene dudas?

Romi: A lo mejor te está siguiendo el juego, Chus. No te rindas. Sé fuerte. Tú puedes.

Y: Vale, os dejo.

Cerré el chat. Me lavé las manos y salí al dormitorio. Jesús estaba terminando de cambiar las sábanas. Me acerqué a él tratando de ser sigilosa, pero cuando le rodeé la cintura él no se sorprendió.

—He traído mis esposas especiales —le susurré, seductora.

Él se dio la vuelta y besó mis labios.

—Creo que lo mejor será no hacer nada por el momento. No quiero que sufras ningún daño.

La mandíbula inferior se debió descolgar de mi boca por la manera en que él me miró.

—Pero… yo estoy… bien.

—¿Salimos a dar un paseo por la nieve?

—También podemos hacer el amor.

—Se me ocurre que podíamos preparar algo especial para cenar.

—O también podemos hacer el amor —insistí. Aquello me estaba pareciendo de lo más surreal. ¿Jesús era capaz de pasarse nueve meses sin ponerme un dedo encima? Pues si era así, se iba a quedar embarazada de verdad Rita la cantaora.

—Chus, sabes que te quiero con toda mi alma, ¿verdad?

—¿Y tú sabes que estoy cachonda?

Él se echó a reír. En un descuido me cogió en brazos y cargó conmigo hasta el baño.

—Vamos al *jacuzzi* entonces.

Respiré aliviada. Me había asustado más que una monja con un retraso. —Eso era algo que me había contado don Antonio y que ahora no viene a cuento—.

Jesús se comportaba de una manera muy tierna conmigo. En realidad, siempre era tierno, pero ese día lo era más en especial. Era como si se lo creyese, y no lo creyese a la vez. Normal. Era un tío que siempre estaba sospechando.

Me olvidé de la broma en cuanto mi Jesucristo particular rozó mi cuerpo con las yemas de sus dedos.

## Habitación morada

## Tere y Fernando

Nos habíamos pasado el día de excursión por la sierra, Fernando estaba encantado hablando con Óscar y Jorge sobre la fauna y floras típicas de Gredos, yo fui refunfuñando todo el camino. A mí cuando me dijeron lo del fin de semana en la sierra me imaginé que nos lo pasaríamos comiendo *fondue* y bebiendo vino delante de una chimenea, no dando paseos por el bosque. ¡En invierno! Que mira que está feo el bosque en invierno. Si te gusta esquiar esta estación tiene un pase, pero si eres como yo, que el esquí solo lo has visto en la tele, esos árboles mustios y ese suelo todo marrón ceniciento te parecen feísimos.

Nos había tocado la habitación morada, algo que nos encantó a Fernando y a mí, pues nos recordaba a dos de nuestras canciones favoritas, a él a *Purple Rain*, de Prince, y a mí «Un vestido morao, morao, morao, moraíto», de la Niña Pastori. Un temazo donde los haya. Creo que me lo voy a poner de sintonía del móvil, porque es una canción atemporal, que nunca pasa de moda.

Al menos ya estábamos en la habitación, tras haber sobrevivido a la excursión campestre. Pasar ese rato con las chicas fue como volver a aquel parque de Vallecas aquella noche de Halloween de hace ya dos años. Nuestras vidas han cambiado enormemente en ese tiempo, pero en el fondo, seguimos siendo las mismas.

Por eso, en el último JB, cuando estábamos ya un poco más contentas de lo que el sentido común decretaba para tomar decisiones de envergadura, se nos ocurrió gastarles una broma a los chicos durante nuestro fin de semana, porque coincidía que estábamos allí el 28 de diciembre. Les íbamos a decir que habíamos decidido quedarnos embarazadas todas a la vez para criar a nuestros hijos juntas, como en la película esa.

Pero, por lo visto, nosotras no éramos las únicas que pensábamos gastarnos bromas: Fernando apareció con un pijama de cuerpo entero polar con la forma de una jirafa. La capucha mostraba la cabeza del bicho con los dos cuernos y tenía hasta una cola que se pegaba con velcro.

—¿De dónde leches has sacado eso?

Le pregunté viéndolo salir del cuarto de baño con una sonrisa triunfal. Yo llevaba un picardías negro y rojo que no dejaba gran cosa a la imaginación, al que él le dedicó escasos dos segundos antes de ponerse a cuatro patas y hacer un ruido que supuse que debía ser el bramido de celo de las jirafas.

—No, en serio, ¿qué llevas puesto?

Vino gateando hacia a mí y puso sus peludas patas sobre mis muslos desnudos. Reconozco que el tacto del pijama era superagradable; si no fuera tan hortera me compraría uno para mí sin dudarlo.

—Pensaba que podíamos jugar a los personajes, tú puedes ser una aventurera perdida en África y yo una jirafa muy lujuriosa.

—Eres friki hasta para ponerte sexi, cariño.

Sonrió con una de esas sonrisas que me desarmaban, que hacían que me olvidara de todo lo que tenía alrededor. Una de esas sonrisas que sabía que guardaba solo para mí, que eran tímidas, pero al mismo tiempo tiernas, que hacían que a una mujer como yo le temblaran las rodillas.

El chalé de madera, el frío fuera y el hombre de mi vida arrodillado a mis pies. No se le podía pedir más a la vida. Me dejé caer resbalando sobre el lateral de la cama y me puse a su altura.

—Bueno, señor jirafa, ¿me va a comer?

—Técnicamente estos animales son herbívoros.

Lo miré frunciendo el ceño y rápidamente recondujo la conversación.

—Sí, sí, por supuesto, señora exploradora, tengo muuucha hambre.

Se acercó a mí y empezó a mordisquearme el lóbulo de la oreja. Llevábamos juntos dos años, pero sus besos seguían siendo lo que me daba fuerzas para levantarme cada mañana. Lo de los personajes no era mucho mi rollo, pero si a él le ponía ¡qué se le iba a hacer! En una pareja hay que hacer concesiones.

—¡Ay, no! ¡Una jirafa *devoraexploradoras*! —dije echándome sobre la cama con una mano en la frente simulando estar asustada.

—*Roar* —rugió Fernando mientras saltaba sobre la cama.

Debo decir que mi churri es muy buena gente, pero ser atlético no es su punto fuerte. Así que cuando saltó se dio demasiado impulso y se chocó contra la lámpara hecha con cornamentas de ciervos.

—¡Ay, qué me he *matao*! —se lamentaba mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Anda, ven aquí.

Cogí su cara entre mis manos y me puse a inspeccionarla como si fuera un bolso del mercadillo, buscando imperfecciones y costuras sueltas.

—No tienes nada, ni siquiera una herida que te deje una cicatriz de tío duro.

—Pues me duele horrores, creo que te veo hasta doble. Y si con una Tere ya me cuesta, con dos no sé qué voy a hacer.

—Venga, recuéstate un rato hasta que se te pase el mareo.

—Pero… La jirafa sexi…

—Descansa, que no me apetece acabar en urgencias por una tontería. Además, yo con esas pintas no te llevo al médico, que seguro que se ríen de nosotros cuando entremos al hospital.

Se recostó en la cama masajeándose el lado dolorido de la cabeza. Cuando Fernando al fin abrió los ojos unos minutos después me miró algo decepcionado, yo me había puesto un jersey de lana por encima de la provocativa lencería.

—Supongo que al final no me voy a comer a la aventurera atrevida.

—Tranquilo, machote, otra vez será.

Nos tumbamos en la cama, él con la espalda apoyada en el cabecero, y yo entre sus piernas. Ese era mi lugar favorito del mundo entero. Si me dan a elegir entre quedarme entre las piernas de Fernando o irme a las Seychelles, lo tengo claro: me quedo con mi chico. Además de que en esos sitios seguro que está todo plagado de mosquitos.

—Oye, ahora que estamos más tranquilos.

—Hasta que nos pase otra desgracia, que yo soy un imán para las cosas raras.

—No tientes al destino, Fernando, que parece que te gusta tentarlo. Bueno, como te iba diciendo, ahora que estamos tranquilos hay algo que quiero decirte.

Me quedé en silencio unos segundos, quería dar dramatismo a mis palabras, como aquella vez que Paquirrín habló sobre los trajes desaparecidos de Cantora. Quería que fuera memorable.

—Resulta que… Bueno, pues ¡que estamos embarazadas!

—¡Tere, qué alegría! —Me apretó tan fuerte que casi estoy convencida de que me desplazó algún órgano, pero mereció la pena—. Un momento, ¿cómo que embarazadas?

—Sí, bueno, verás, nos hemos puesto de acuerdo las seis para quedarnos embarazadas a la vez, así podemos dar a luz al mismo tiempo y cogernos la baja a la vez.

—Pero… ¡Eso es una locura!

—¿Por qué? Son mis mejores amigas y van a ser unas madrinas excelentes. Imagínate a nuestros hijos navegando en el barco de Chus, o vistiendo a juego con ropa fabricada por Romi.

—De eso no me cabe ninguna duda, pero no se puede prever cómo va a salir un embarazo, a lo mejor alguna tiene complicaciones, a lo mejor hay un aborto espontáneo… Entiendo lo que queréis hacer, pero por otro lado me parece una insensatez. Además, nosotros siempre hemos tomado precauciones, ¿no?

—Sí, bueno, es posible que dejara de tomar la píldora para darte una sorpresa.

—Pues me la has dado.

Me apretujó un poco más contra él.

—Mañana mismo me pongo a hablar con los chicos, porque si vosotras vais a hacer planes, nosotros también. Tenemos que ver qué carrito vamos a comprar, y hablaré con la ginecóloga del centro para saber cuál es el mejor hospital, y tenemos que…

—Para el carro, que te estás lanzando, tronco. Mira, de momento vamos a aprovechar que todavía no me duelen las tetas ni tengo barriga para hacer el amor como si esta fuera nuestra

última noche. ¿Qué te parece?

—Que yo solo soy tu esclavo, y si eso es lo que quieres, que así sea.

## Habitación amarilla

## Vero y Óscar

Al fin nos retiramos a la habitación. Yo no me encontraba nada bien, la noche anterior me había reunido con las chicas y les dije que tenía intención de decirle a Óscar que quería dejar la píldora para quedarme embarazada, y ellas insistieron en emborracharme por si en un futuro próximo debía dejar el alcohol de forma definitiva.

Él dormía cuando llegué a casa, por lo que no se percató del grado de mi intoxicación etílica, se limitó a darse la vuelta, rodearme la cintura con los brazos y acercarme a su cuerpo.

Al amanecer me levanté vomitando como si se me fuera a salir el estómago por la boca y la cara suspicaz de mi marido me hizo saber que sospechaba que la noche anterior me había bebido hasta el agua de los floreros.

Estuve fatal todo el día aguantando como pude el viaje a la sierra y el aluvión de comida que habíamos preparado, que incluía algún táper de croquetas de Paqui, la madre de Anisi y al que en otro momento le habría hecho los honores.

Una vez en la habitación amarilla, la que nos correspondía en la casa rural, me dispuse a llevar a cabo mi plan. Durante toda la cena Óscar me había mirado con esos ojazos verdes que me vuelven loca, cargados de sospecha ante mi escaso apetito, pero sin decir nada. Ni que decir tiene que no probé el alcohol, de hecho, todas cenamos con agua, mosto sin alcohol o cerveza cero cero para llevar a cabo nuestros planes. En algún momento Ismael había hecho alusión a la salida de la noche anterior calificándola como memorable en lo que a consumo de alcohol se refería, viendo lo abstemias que estábamos siendo.

Con el estómago más asentado tras la cena, aunque no del todo, me preparé para la noche de amor que tenía planeada. Me vestí con el conjunto de lencería sexi que había comprado para la ocasión y, al salir del baño, vi como los ojos de mi marido relucían de pasión al contemplarme.

—Te sobra bastante ropa —le sugerí mientras me acercaba a él.

—¿Estás segura de que te encuentras lo bastante bien para esto?

—Siempre estoy bien para esto… aunque no podrás agitarme demasiado. Sería correr un

riesgo considerable.

Solo de pensar en alguna de las posturas que habíamos probado en otras ocasiones mi estómago se rebelaba y sí, corríamos el riesgo de que la cena acabara esparcida por la cama, el suelo o el mismo Óscar. Me prometí a mí misma que era la última vez que me dejaba embaucar por mis amigas para beber tanto vodka, y tequila, y chupitos y todas sus bebidas favoritas. Mezclé como hacía mucho tiempo que no lo hacía, y bien estaba pagando el resultado. Después de empezar nuestra relación me había convertido más en una ebria de amor que de vodka.

Lo hicimos con cuidado, Óscar se tomó muy en serio lo de no agitarme demasiado, sus caricias estuvieron impregnadas de ternura, como si temiese romperme. Y sus movimientos dentro de mí, cuidadosos y fluidos. Fue algo lento, intenso y delicioso, que esperaba repetir más a menudo. No todo iba a ser pasión desbordante y arrolladora.

Cuando terminamos se dejó caer a mi lado en la cama en vez de hacerlo sobre mí y yo solo pude pensar en lo considerado que era. Me rodeó con un brazo y me besó en el pelo. Cuando nuestros cuerpos se recuperaron me susurró al oído:

—Vero, cariño… ¿No tienes nada que decirme?

Lo miré con emoción. ¿Sería un buen momento para abordar el tema? ¿Se estropearía la noche o me diría que sí, que estaba dispuesto a convertirse en padre? Mis amigas iban a gastarles bromas a sus chicos sobre la paternidad, pero yo no pensaba hacerlo porque quería abordar el tema en serio. Decidí esperar un poco más, tal vez al día siguiente.

—Sí, pero no en este momento. Mejor mañana.

Me apretó un poco más.

—¿Tan grave es?

—Es un poco… delicado, sí.

Se quedó pensativo y empecé a adormilarme contra su hombro.

—Vero… ¿Hay una razón para tus vómitos de esta mañana y tu estado enfermizo de hoy? ¿Y que solo hayas bebido agua?

Entre las brumas del sueño vi las caras sonrientes de mis cinco amigas ofreciéndome bebidas «por si era la última vez que podía tomar alcohol». Todas pensaban que Óscar me dejaría embarazada esta misma noche, si se lo proponía.

—Una no, cinco —susurré medio dormida—. Y todas de género femenino.

—¿Ci… ci... cinco? ¡¿Cinco chicas?!

—Sí, pero hablamos mañana ¿vale? Tengo mucho sueño.

—Vale, vale, cariño, Tú tranquila… todo va a salir bien. Espero.

Me dormí plácidamente.

***

En cuanto supo que Vero se había dormido, Óscar se deslizó fuera de la cama con sumo cuidado. Las piernas le temblaban y estaba cubierto de sudor frío, y no por las acrobacias realizadas en el lecho. Se dirigió al cuarto de baño y se echó agua fría en la descompuesta cara. Todo lo fría que podía estar en plena sierra de Gredos en el mes de diciembre. Menos mal que había sido cuidadoso haciendo el amor, no quería pensar en el daño que podría causarle a alguno de los cinco fetos si hubiesen tenido sexo duro. ¡Cinco! ¡¡Cinco!! ¡¡¡Cinco!!! La palabra le martilleaba en la cabeza desde que la escuchó.

Había podido disimular delante de Vero, pero ahora estaba entrando en pánico. ¿Cómo iban a cuidar de cinco bebés? Todos llorando a la vez, todos pidiendo alimento a la vez. ¡Vero solo tenía dos pechos! Ya podía olvidarse de volver a saborearlos en unos años, tendría que ceder su privilegio a cinco boquitas hambrientas. Cinco. Cinco.

Tenía que asimilarlo antes de que su mujer se despertara, debía reconfortarla, ella se llevaría la peor parte durante el embarazo. No imaginaba cómo cabrían cinco cuerpecillos en su vientre plano. Tampoco podía dejarle ver lo acojonado que estaba y lo preocupado. Debería asimilarlo antes del amanecer y para ello tendría que contárselo a Ismael.

Miró el móvil, eran las dos de la mañana. Su amigo iba a estrangularlo, como mínimo, pero el asunto era de vida o muerte, porque si no se desahogaba se moriría de todas formas a causa de la angustia.

Le puso un wasap que no se envió. Se arriesgó a llamarlo y el teléfono le respondió con el consabido mensaje de que estaba apagado o fuera de cobertura. Se vistió de forma precipitada con un pantalón y un jersey y salió al corredor. De las puertas cerradas salían susurros y gemidos, y se detuvo ante la del cuarto rosa. Golpeó con los nudillos después de comprobar que allí no parecía haber signos de actividad sexual.

Un enfurruñado Ismael entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

—¡Óscar! ¿Qué quieres a estas horas?

—¡Necesito hablar contigo!

—¿Ahora? Tío estamos en el momento íntimo de después, el de las confidencias. Lena quiere decirme algo.

—¡Por favor, por favor, es muy urgente! Necesito asimilar algo muy importante… que va a cambiar mi futuro y el de mi mujer.

—¿Y no te puede ayudar ella a asimilarlo?

—Vero no puede saber cómo me siento. La destrozaría.

—¡Óscar, ¿qué has hecho? ¡No le habrás puesto los cuernos, porque te parto la cara…!

—No, no es eso.

Había tal desesperación en su voz que Ismael suspiró resignado a que fuera su relación la que corriera peligro.

—Está bien, deja que me vista y ahora salgo. Pero como no sea importante…

—Lo es. Te espero abajo, en el salón.

Cinco minutos después ambos se sentaban a oscuras, como dos delincuentes, en el sofá, frente a los rescoldos de la chimenea que iluminaban la estancia con una luz mortecina.

—Más te vale que de verdad sea cosa de vida o muerte, porque Lena me ha dicho que tenía que contarme algo y no le ha hecho gracia que la dejara con la palabra en la boca para escuchar tus problemas.

—Estoy muy agobiado. Vero está embarazada.

—Entiendo. ¿No quieres tener hijos y eso para ti supone un problema?

—¡Cinco! ¡Cinco problemas!

—¿No lo habíais hablado? ¿Se ha quedado por accidente?

—Habíamos decidido esperar un tiempo, pero sé que tampoco habríamos tardado mucho más.

—¿Entonces? Solo se ha adelantado un poco, ¿no? ¿Por qué tanto agobio?

—Porque son cinco… cinco niñas. ¡Quintillizas!

—¡La hostia! ¿Estás seguro?

—Me lo ha dicho ella. Hace un momento, aunque no ha querido entrar en detalles hasta mañana. Está agotada, ha vomitado mucho esta mañana y ha estado fatal todo el día.

—¡Desde luego, macho, que tú las cosas las haces a lo grande!

—Tenía que salir de esa habitación y asimilarlo, no puedo dejar que Vero vea lo acojonado que estoy. Pobrecita mía… ¿Cómo va a sobrevivir a esto?

Ismael se acercó a la cocina y cogió lo poco que quedaba de la botella de whisky y se la acercó a la boca.

—¡Bebe!

—¿Así, sin vaso?

—Termina la botella, porque aparte de que lo necesitas será el último whisky que te tomes en tu vida. El sueldo solo te va a dar para agua del grifo, y eso racionándola.

—No me inquieta el dinero, puedo trabajar más. Retomar los programas que hacíamos en casa. Me preocupa Vero, su salud… y la responsabilidad de cinco criaturas… Tiemblo de pensarlo.

Volvió a dar un trago.

—Aquí estaremos Lena y yo para echar una mano. Y estoy seguro de que todo el JB también.

—Lo sé.

Suspiró y soltó la botella vacía.

—Vuelvo a la habitación. No quiero que Vero se despierte y piense que he huido como un cobarde. Aunque lo haya hecho.

—¿Vas a largarte y dejarla sola con las cinco niñas?

—¡Claro que no!

—Entonces no eres ningún cobarde. Esto ha sido la impresión, macho. Vuelve ahí y da el callo.

—Por supuesto.

Regresó a la cama, donde Vero dormía con placidez. Se acomodó a su lado y le susurró al oído.

—No te preocupes por nada, cariño… vamos a ser unos padres estupendos, solo tendremos que aprender un poco.

Ella abrió los ojos en medio del sueño.

—¿Has dicho que seremos padres?

—Sí, eso he dicho.

—¡Has adivinado lo que quería decirte!

—Sí.

—Estaba preocupada, no sabía cómo hacerlo.

—Todo irá bien, cariño; todo irá bien. Formaremos una familia maravillosa.

—Te quiero, Óscar.

—Y yo a ti. A todas.

Rodeándola con los brazos comenzó a pensar nombres. Con tantas crías seguro que no tendrían problemas para decidir.

## Habitación rosa

## Lena e Ismael

Durante la cena sentía la pierna de Ismael rozar la mía, lo que me indicaba el grado de impaciencia que tenía por que nos retirásemos a la habitación. Si hubiéramos estado solos con toda seguridad nos hubiéramos saltado la comida, pero aquel fin de semana en la sierra era la única posibilidad de que las chicas del JB estuviéramos juntas. El haber formado parejas hacía que las fechas señaladas las dedicáramos a las respectivas familias, pero nada impediría que nos reuniéramos para desearnos una feliz Navidad, atrasada, y una más feliz entrada de año aún por llegar.

La casualidad hizo que ese fin de semana coincidiera con el Día de los Santos Inocentes, y no podía faltar la consabida broma a nuestros hombres. Tras barajar varias posibilidades, desde regalarles calzoncillos con campanitas que anunciaran a bombo y platillo las posibles erecciones hasta dejarlos encerrados en el sótano, decidimos ser menos crueles y gastarles a todos la misma broma, pero en privado y observar sus reacciones. Porque algún día la broma se convertiría en realidad y bueno era saber cómo se lo tomarían.

Al parecer todos teníamos las mismas ganas de retirarnos a las habitaciones, porque tras saborear una copa de whisky ellos, nosotras nos mantuvimos abstemias toda la noche para dar credibilidad a la broma, subimos al piso superior y nos perdimos tras las diversas puertas de colores. La nuestra era la rosa, y la decoración interior muy romántica, con una gran cama de matrimonio en la que cabíamos al menos cuatro personas, con postes y dosel del que caían unas cortinas de gasa.

—Hum… esto tiene posibilidades —dijo Ismael probando la consistencia y la firmeza de la tela con un leve tirón. En alguna ocasión me había atado al cabecero y había disfrutado muchísimo.

—No creo que aguante mucho, mejor no nos arriesgamos. Además, ya sabes que me gusta tener las manos libres para tocarte.

—Puedes tocarme con la boca —susurró sujetándome por las muñecas—. Prueba —añadió

con un guiño—. Pero no voy a desperdiciar estos postes…

No me hice repetir la invitación dos veces. Con los labios empecé a bajar la cremallera del jersey que tenía puesto, había desarrollado bastante habilidad para desvestirlo de esa guisa y a él le encantaba. A mí también, debo reconocerlo.

Me tomé mi tiempo para desnudarlo, y cuando no le quedó una sola prenda encima me tocó a mí. Él fue más impaciente, con movimientos rápidos me quitó la ropa y me volvió de espaldas para que me sujetara a uno de los postes de la parte inferior de la cama.

Se restregó contra mi espalda excitándome como pocas veces lo había estado. Mordisqueaba mi cuello y mi hombro desnudo y me penetró así, desde atrás y de pie.

La sensación fue abrumadora, nunca lo habíamos hecho de esa forma. Claro que nunca habíamos dormido en una cama con dosel y firmes postes de madera. La sensación de que besara mi nuca mientras me lo hacía añadía un plus al excitar una de las partes más sensibles de mi cuerpo, y también una de las que más le gustaban.

Me corrí dos veces antes de que él se dejara ir. Cuando al fin se separó de mí, las piernas me temblaban tanto que temí que me caería al suelo. Pareció adivinarlo porque me cogió en brazos y me llevó a la cama. Se tendió a mi lado y, tras recuperar el aliento en silencio durante unos diez minutos, supe que era el momento de llevar a cabo mi broma. Le apoyé la mano en el pecho, jugueteé un poco con el vello que lo cubría y cuando empezó a ronronear un poco, me lancé.

—Ismael…

—¿Sí, cielo?

—Tengo que decirte una cosa.

—¿No te ha gustado?

—Claro que sí. No es eso.

En aquel momento sonaron unos golpes insistentes en la puerta de la habitación.

—¿Han llamado? —preguntó.

—Creo que sí.

—¡Joder! ¿Quién puede ser?

—No se me ocurren muchas personas, salvo que la casa esté ardiendo, y no huele a quemado —musité un poco hosca.

De nuevo una tanda de golpes.

—Voy a ver. Será solo un segundo, preciosa.

Se levantó a regañadientes, se puso un pantalón de chándal y abrió la puerta mientras yo me cobijaba bajo el edredón tapada hasta la barbilla.

Desde la cama escuché la conversación con Óscar y suspiré. No tenía dudas de lo ocurrido, Vero le había dicho que estaba embarazada, tal como habíamos acordado las chicas, o que quería estarlo y se había acojonado. Parecía realmente al borde del abismo y me dije lo inmaduros que eran algunos hombres a la hora de asumir responsabilidades.

Mientras veía la espalda desnuda de Ismael me pregunté cómo se lo tomaría él. Porque todavía

no, pero en el futuro yo quería un Ismaelito de carne y hueso, pequeño, llorón e imaginativo como su padre.

Este entró en la habitación y me miró con aire de disculpa.

—Lo siento, Elena. Voy a salir un momento. Óscar tiene algún tipo de problema y parece serio.

Alcé los ojos al techo de la cama cubierto por más tela rosa.

—¿Vero está al borde de la muerte?

—No creo —respondió poniéndose el jersey que yo le había quitado un rato antes. Se inclinó sobre la cama y me besó. El muy ladino sabía que me ganaba con un beso. Porque si bueno era en la cama, besando era insuperable—. Vuelvo en seguida, no te enfades.

Lo miré con mi cara de jefa.

—Vas a tener que compensarme por esto.

—Eso ni lo dudes.

Y salió cerrando tras de sí. Relajé el ceño porque, aunque fingiera enfado, me gustaba la relación que tenían Óscar y él. Porque era la misma que yo con mis chicas del JB. Si alguna de ellas hubiera llamado a mi puerta aquella noche yo habría abandonado la cama sin dudar.

Regresó media hora más tarde con cara preocupada.

—Perdona, pero de verdad era importante —dijo mientras se desnudaba y se metía en la cama—. ¿Tú sabias que Vero está embarazada?

De modo que no me equivocaba, la paternidad lo había desbordado. Asentí.

—No me has comentado nada.

—Porque es Óscar el primero que debía saberlo. Y hablando de embarazos… es eso lo que te quería decir antes. Yo también lo estoy. De hecho, todas lo estamos. Nos pusimos de acuerdo para quedarnos a la vez y que nuestros hijos se criaran juntos y formasen otro grupo parecido al de JB. Sin alcohol, claro, algo así como el ColaCao de los sábados.

Una palidez mortal le cubrió la cara y vi alejarse mi ilusión de un Ismaelito en el futuro.

—¿Todas embarazadas como Vero?

Asentí.

—¿De cuántos estás tú? —me preguntó en un susurró aterrorizado.

—De una falta, unas cinco semanas creo.

—No; quiero decir de cuántos bebés.

—De uno, claro.

Un hondo suspiro de alivio le relajó las facciones.

—Uno solo, gracias a Dios. ¿Y las demás?

—¿Qué pregunta es esa?

—Puesto que Vero va a tener quintillizas ni me imagino la tribu que podéis montar entre todas. Si Óscar, así delgadito como es, ha engendrado cinco niñas, Kerem con ese aspecto de semental…

Aguanté la risa. Vero se había pasado «cinco» pueblos, no me extrañaba que Óscar saliera corriendo en mitad de la noche en busca de consuelo. Lo que no sabía era cómo no le dio un infarto.

—Entonces… —insistí—, ¿a ti no te importa que esté embarazada? No sabía cómo te lo tomarías.

—Para nada, mientras se trate solo de uno. O una, claro. Me da lo mismo el sexo.

—Yo quiero un Ismaelito —sugerí mimosa.

—En ese caso, así será. Si sacas tu voz de jefa no tendrá opción. Como no la tengo yo desde el día en que decidí que entrases en mi vida.

—Bien, puesto que así están las cosas, voy a mandar un poco. Me tienes que compensar por irte a consolar a tu amigo…

Me coloqué sobre él y empecé a besarlo.

—Lena… ¿crees que debemos hacerlo otra vez? ¿No será contraproducente?

—Para nada.

—¿Estás segura?

—Si. Lo he consultado.

—¿Con quién?

Lo miré con picardía. No estaba dispuesta a que sus miedos me aguaran la noche.

—¿Quieres que saque mi voz de jefa?

Se rindió.

—No será necesario.

Lo besé con pasión. Pero antes de que nos entregásemos a la lujuria quise llevar mi broma un poco más allá.

—Y para desayunar tengo antojo de roquitas de las montañas nevadas de allende el valle.

Cerró los ojos.

—Traduce, por favor…

—Estás perdiendo facultades, amor.

—No quiero equivocarme y que el niño salga con una roca en la cara.

—Hum… caracoles con nata.

—¡¿Caracoles con nata?! No hablas de un dulce, sino de esos bichos con cuernos que se arrastran, ¿verdad?

Asentí con cara inocente.

—De acuerdo, de acuerdo. Saldré a buscarlos en cuanto amanezca.

Lo adoré aún más de lo que ya lo hacía.

*A la mañana siguiente*

Jesús y Fernando fueron los primeros en levantarse al día siguiente. Prepararon café y encendieron la lumbre de la chimenea, que, aunque parecía fácil a simple vista, tenía su punto complicado para dos hombres de ciudad acostumbrados a la calefacción central.

Cuando lo consiguieron, se sentaron en el sofá con una taza de café humeante en la mano y los ojos clavados en las llamas que bailoteaban en su redil.

Estaban hipnotizados y totalmente idos. Cada uno pensando en la noticia que habían recibido el día anterior. Fue Jesús el primero que dijo:

—No puedo callarme más, Fer. Chus está embarazada. No quise decirlo anoche porque me sugirió que era mejor esperar.

Fernando apenas lo miró de soslayo y asintió:

—Lo sé, Tere también lo está.

Jesús, hombre paciente donde las haya, se encogió de hombros y susurró:

—Ah, vale. —Guardaron silencio de nuevo (un par de minutos a lo sumo), y preguntó—: No querrán que celebremos las bodas todos juntos, ¿verdad? Óscar y Kerem ya están casados, pero…

—¡No, no, no! —Fernando sacudió la cabeza—. Solo decidieron en conjunto lo de los críos. A mí lo que me preocupa y me vuelve un poco loco es elegir matrona, como van a querer el parto o dónde, o… —Jesús lo miró de reojo—. ¿Y si a alguna le sale mal?

Arrastrando los pies y frotándose la frente como si hubiera pasado una pésima noche, llegó óscar.

—Os he escuchado. ¿Así que vuestras chicas también están embarazadas?

Hablaban a medio tono para no despertar a nadie. La luz del amanecer atravesaba el enorme ventanal del salón y bañaba toda la estancia de luminosidad. Entre Jesús y Fernando le explicaron el disparatado plan que habían llevado a cabo las chicas sin decírselo a ellos.

Jesús y Fernando volcaron sus ojos sobre el recién llegado. Este último se levantó:

—¿Quieres un café, Óscar?

—Sí. Creo que necesito uno

Fernando le llevó a Óscar la taza y en ese momento Jorge apareció con dos bolsas de papel metidas en una de plástico. Las depositó sobre la mesa y saludó alegremente:

—¡Hola, buenos días, chicos!

—¿Dé dónde vienes? —le preguntó Jesús.

—Del pueblo, salí muy temprano a comprar churros. Un antojo de mi chica —contestó con una sonrisa inconsciente. Se quitó el abrigo.

Los hombres se miraron entre ellos.

—Anisi también está embarazada, ¿no? —preguntó Fernando alzando las cejas.

Jorge intentó tratar de procesar aquel «también» antes de ir a la cocina a servirse un café. Regresó al minuto.

—¿Cómo que también? —inquirió desconcertado.

—Jesús y yo lo estábamos hablando antes de que llegase Óscar. —Fernando señaló al aludido—. Al parecer todas las chicas están embarazadas. Se han puesto de acuerdo para ello.

—¿En serio? —preguntó Jorge como si le hablaran de ciencia ficción.

—Solo de pensarlo, apenas he pegado ojo en toda la noche —murmuró Óscar.

Jorge se sentó en el sofá junto a él y Jesús. Fernando lo hizo en una silla cercana.

—Pues no sé vosotros, pero a mí, en principio, la idea de ser padre me hace ilusión. Ahora, que echando cálculos de los gastos, asustan bastante: desde que nazca a la universidad, contando guardería, colegio, gastos de las extraescolares, clases de refuerzo… en términos económicos no compensa —aseguró el banquero.

—Razón no te falta, amigo —añadió Fernando.

—Pero, por otro lado —continuó diciendo Jorge flaqueándole la voz—, es un hijo de Anisi y mío. No puedo sentirme más afortunado. Y eso, como decía el anuncio de los de las tarjetas de crédito, no tiene precio. —Pero no es solo el dineral que nos va a costar —bajó la voz con el tono que usaba para compartir confidencias con sus amigos—, imagínate que a Romi le da por vestir a todos iguales.

Los hombres se miraron en silencio. Romi era una mujer estupenda, pero sus gustos en cuanto a la apariencia personal distaban bastante de los de los demás. Le seguía pareciendo un milagro que Kerem la hubiera aceptado en su equipo, él que siempre iba hecho un pincel.

—¿Eso os preocupa? —preguntó Óscar que había apurado su taza de un trago y se estaba sirviendo una segunda—. Yo tengo cinco. ¡Cinco! ¿Dónde vamos a meterlas? ¿Hay cunas-literas? Ya sabes, unas encima de otras, como en los barracones del ejército. Estoy emocionado, pero por otro lado…

—¿Cómo lo has hecho tío? —preguntó Fernando—. Para no hacerlo igual, claro. ¡Cinco!

—Estás acojonado, creo que estamos todos igual.

—¿Y los novios? Que van a venir cinco tíos a mi casa a robarme a mis princesitas. Aún no los conozco y ya tengo ganas de estrangularlos. Cómo les pongan un dedo encima…

—Tranquilo, Óscar, siempre puedes decir que tienes un amigo policía para asustarlos.

—Sí, podemos montar una especie de club de padres y cuando el novio de una vaya a tu casa lo esperamos los seis, ya verás como no vuelven más.

—¡Y nos hacemos camisetas!

Estaban disfrutando de un momento de confidencias entre hombres cuando Kerem apareció en la estancia. Llevaba el pelo suelto, en vez de en uno de sus acostumbrados moños, y parecía más descansado que el resto.

—Tengo algo que comentaros —anunció en cuanto se acercó a la mesa en la que los cuatros

hombres departían.

—Déjame que adivine, ¿Romi está embarazada? —preguntó Jorge antes de dar un trago a su bebida.

—Precisamente de eso quería hablaros. —Se le notaba algo apurado—. Veréis…

—Hola a todos.

Ismael se incorporó al grupo con el flequillo un poco despeinado y, tras los saludos, se acercó a Óscar y le hizo un pequeño gesto hacia la puerta.

—¿Tienes un momento?

—Claro. Pero me imagino de lo que se trata, y quiero que sepas que estamos los seis en el mismo barco.

—¿Ya saben todos que las chicas están embarazadas?

Su amigo asintió e Ismael emitió un suave silbido.

—¿Cómo hemos llegado a esto?

Kerem cambió el peso de un pie a otro y se pasó la mano por el pelo.

—Justo eso es lo que trato de explicaros. La verdad es que...

Iba a continuar, pero un estruendo procedente del exterior dejó la frase a medias. Salieron los tres a comprobar de dónde provenía el ruido y vieron a un ave en un estado bastante patético a los pies de la ventana de la cocina.

—¿Ese bicho se ha chocado contra el cristal?

—Eso parece.

Se acercaron para socorrer al accidentado animal, pero antes de que pudieran llegar hasta él, se repuso del golpe, sacudió la cabeza y batiendo las alas emprendió el vuelo.

—Bueno, como dice ese refrán español, «acabados los higos, pájaros idos» —afirmó Kerem.

—¿Pero qué clase de cosas te enseña Romi?

El turco se encogió de hombros.

—Eso da igual. —Lo intentó una tercera vez—. Lo importante es que volvamos dentro para que pueda...

—Eso, que aquí hace un frío que pela.

Óscar e Ismael regresaron al salón interrumpiéndole y encontraron a Jesús, Jorge y Fernando, mirando fijamente los móviles.

—¿Qué hacéis?

—Aquí, empezando a asumir nuestra faceta de padres.

—¿Te unes? Porque imagino que Lena está embarazada también.

—Sí que lo está, sí —asintió Ismael—. Y no puedo unirme porque tengo una tarea de futuro padre que llevar a cabo. Lena tiene un antojo.

—Aquí hay churros —dijo Jorge señalando el paquete.

—Mi chica no se conforma con un antojo tan sencillo, quiere —dijo con gesto teatral—: caracoles con nata. ¿Alguno tiene idea de cómo conseguir eso por aquí?

—¿Caracoles con nata? ¡Qué asco! —comentó Jesús.

—Casi casi que prefiero mis cinco nenas. — Óscar se quedó pensativo un minuto y añadió—: ¿Creéis que Vero tendrá un antojo distinto para cada una de las chicas?

—Ni idea, pero puedo peguntar al ginecólogo del centro de salud —respondió Fernando.

—¿Alguno de vosotros quiere venir a la caza de gasterópodos?

Jesús levantó los ojos del móvil.

—Yo estoy buscando cochecitos de bebé. Aquí hay uno que cuesta casi tanto como los de verdad. Seguro que Chus querrá ese. ¡La de guardias que voy a tener que hacer!

—Yo estoy mirando cunas —anunció Fernando.

—Yo, revisando el mercado a ver qué cuenta de ahorros abrirle al crío cuando nazca —informó Jorge.

—Y yo estaba mirando furgonetas —suspiró Óscar—. Con algo más pequeño no nos movemos.

—Hay monovolúmenes de siete plazas —comentó Jesús.

—Seremos siete, sí, pero ¿os imagináis lo que deben mover cinco crías entre bolsas de pañales, ropita para cambios, cochecitos y demás? Lo tengo asumido, la furgoneta va a ser necesaria.

—Bien, pues ahí os dejo. Yo voy a por el desayuno de Elena.

No acababa de decir eso, cuando sonó un wasap en el móvil. Miró la pantalla con el ceño fruncido. Se pasó la mano sobre el flequillo, nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó Óscar.

Todos los ojos estaban puestos en Ismael, intrigados.

—Es Lena.

—¿Qué dice? Por tu cara parece que se ha puesto de parto —dijo Jorge metiendo la mano en la bolsa de los churros.

Ismael se encogió de hombros. No se atrevía a abrirlo, pero no quería que los demás se pensaran que no era capaz de asumir las consecuencias. Con un dedo tembloroso pulsó el chat y unos segundos después, suspiró con alivio.

—Que dice que se le ha pasado el antojo.

—Anda, venga. Relájate un poco y toma asiento. —Kerem lo guio hasta uno de los sillones—. Yo quería comunicaros que…

—¡Holi! ¡Buenos días! ¡Qué rico huele! —Anisi se acercó a Jorge y le dio un mordisco a su churro—. ¡Qué bien se duerme aquí!

—¡Este lugar es la hostia! —llegó la voz de Teresa bajando las escaleras de la planta superior —. Me gusta un montón el sitio.

Los hombres se guardaron los teléfonos móviles. Teresa sacó una de las bolsas de papel de los churros y empezó a ofrecerlos como si fueran caramelos. El resto de las mujeres llegaron al poco tiempo, y ninguna de ellas habló de embarazo o algo parecido. De hecho, estaban planeando

hacer un muñeco de nieve gigante.

Chus caminó hacia su pareja y este se puso en pie sacudiéndose las manos. Le dio los buenos días con un beso corto y dulce.

—¿Quieres café? Creo que hay que hacer más…

—No te preocupes, voy yo.

—Te acompaño. —Teresa lanzó un beso a Fernando y caminó hacia la cocina.

Romi se unió a ellas después de acariciar la mejilla de Kerem e intercambiar una mirada de entendimiento.

Lena se sentó sobre las piernas de Ismael y le preguntó si había leído su mensaje.

—¿Cómo estás, Vero? —Óscar, de un modo muy cariñoso, abrazó a su mujer

—Bien —respondió esta.

Las chicas se sentaron a desayunar. Ismael vio con agrado como Elena tomaba un simple café, con cafeína a su pesar, y unos churros. De milagro se había librado de recorrer la sierra cubierta de un metro de nieve en busca de caracoles. Que estaba seguro no iba a encontrar en aquella época del año.

Todos las observaban con ternura, con un brillo especial en la mirada. Cada uno de ellos contemplaba a su pareja imaginándola con el vientre abultado o sosteniendo un bebé en brazos. Óscar era incapaz de hacerlo, por mucho que echara a volar la mente, esta se negaba a hacerse una idea aproximada del futuro.

Cuando todas se sintieron alimentadas y satisfechas Tere propuso:

—¡Vamos a hacer un muñeco de nieve!

Los hombres saltaron casi al unísono.

—¡Vais a coger frío! —advirtió Fernando.

—La nieve resbala y es peligrosa —sentenció Jesús.

—¡Ana, ten cuidado, que tú eres muy loca! —se asustó Jorge.

—Vero, tú no puedes permitirte correr el mínimo riesgo.

—No nos vais a tener sentadas en un sillón nueve meses —protestó Tere dando un ligero beso en los labios a Fernando.

—Tendremos cuidado —prometió Lena.

Romi miró a su chico con una advertencia.

—Kerem….

Este agachó la cabeza y asintió.

—Descuida, *tatlim*…

Y sin darles más opción a mostrar su rechazo o a decir nada más salieron al jardín cubierto de una espesa capa de nieve.

—Nos van a matar de preocupación durante nueve meses —se lamentó Ismael con resignación.

—Eso me temo.

Las seis comenzaron a amontonar nieve y mientras lo hacían comentaron las respectivas reacciones de cada uno de los hombres. Elena no pudo evitar recriminar a su amiga.

—Vero te has pasado diciéndole al pobre Óscar que estás embarazada de quintillizas.

La aludida se detuvo en seco con una bola de nieve en la mano.

—¡Yo no le he dicho eso!

Todas se detuvieron y formaron un corro a su alrededor.

—¿No?

—Ni siquiera le dije que estaba embarazada. Pensaba comentarle por la mañana que quería dejar la píldora, y en algún momento de la noche me empezó a hablar de paternidad, de modo que supuse que lo había deducido y aceptado.

—Pues se presentó en nuestra habitación de madrugada al borde del infarto buscando a Ismael para decirle que esperabas cinco crías.

—Y entre los dos habrán terminado de enredarlo todo, como si lo viera. ¡Dios santo, qué vamos a hacer con ellos!

—En ese caso debemos decirles ya lo de la broma —sentenció Chus—. Si les da un jamacuco Dios no nos va a perdonar.

—Vamos a terminar antes el muñeco de nieve. ¡Nos está quedando tan *cuqui*!

—Troncas, mirad las caras de los seis pegadas al cristal temiendo que nos partamos la nuca de un guarrazo.

Miraron hacia la ventana. En efecto, seis rostros expectantes y cargados de preocupación las observaban.

Tere cogió una enorme bola de nieve y la estampó contra el cristal.

Cuando al final coronaron el muñeco, hecho con más buenas intenciones que habilidad, se decidieron a entrar. Un momento antes de traspasar el umbral, se miraron.

—Lo hacemos como habíamos planeado, ¿no?

—Sí.

Entraron al salón y observaron como todos se relajaban, sentándose de nuevo.

Anisi se dirigió al mueble bar y se sirvió una copa de anís. Jorge saltó como una exhalación.

—¡¡¿Qué haces, insensata?!! No puedes tomar alcohol.

—Hace mucho frío ahí *fueri*.

—¡Por encima de mi cadáver, Ana! Siéntate cerca del fuego.

—Pues yo me voy a tomar un tequila también. Bien cargado.

—Tere, no…

Las chicas se miraron, rieron, buscaron en los bolsillos interiores de sus respectivos chaquetones para la nieve y sacaron sendos monigotes de cartón plastificado del día de los inocentes. Sonrientes se acercaron a sus parejas y se los entregaron con un beso.

—¿Qué significa esto? —preguntó Jesús suspicaz.

—¿Qué día fue ayer? —comentó Lena.

—¿Una inocentada?

—Así es…

—¿No esperamos cinco bebes?

—No, Óscar. Y ya hablaremos luego de cómo has llegado a esa conclusión.

Caras de incredulidad, de alivio, de decepción, hubo de todo.

De pronto, una perspicaz Lena le preguntó a Romi:

—¿Por qué no le has dado tu muñeco a Kerem?

La pareja estaba abrazada, y una de las grandes manos del turco reposaba sobre la tripa de su mujer mientras la miraba con intensidad.

—Eso, cuéntales por qué no me has dado mi muñeco, *tatlim*… A mí me da miedo volver a intentarlo, por si me interrumpe un oso polar.

Ella se encogió de hombros con una de sus sonrisas traviesas.

—Es que, en realidad… lo mío no era una inocentada.

—¡¿Estás embarazada de verdad, *amigui*?!

—Afirmativo. El bollito está en el horno, y esta sí que será una creación cien por cien artesanal.

Las seis amigas se unieron para estrujarse en un apretado abrazo, en el que pusieron todo el cariño y la complicidad que compartían desde que se conocieron y que no había hecho más que aumentar con los años.

—Romi, serás cabrona. Te vamos a cesar del JB por tiempo indefinido por no decirnos nada —intervino Tere un momento después, en un tono emocionado que desmentía sus palabras.

—Hablando de los Jueves Borrosos —comentó Vero mientras se secaba una lagrimilla—. ¿Cómo has hecho para…? Ya sabes.

—Llegué a un acuerdo con el camarero del Lolita’s para que solo me sirviera mojitos sin alcohol —confesó.

—Lo dicho, una cabrona —sonrió Tere con afecto.

—Ahora toca buscar regalos con *brillis* —dijo Anisi—. ¡Y ayudaros con la lista de nombres!

Chus, que había estado bastante callada, se hizo un pequeño hueco entre las chicas con los ojos empañados y se aclaró la garganta antes de hablar:

—«Y conoció Caín a su mujer, y ella concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad y la llamó Enoc, como el nombre de su hijo. Génesis 4:17».

—Lo de edificar una ciudad me parece un plan muy ambicioso —respondió Romi, con gesto reflexivo.

—Con preparar un cuarto para el bebé, ya vais a estar bastante ocupados, ¿no? —comentó Lena—. Yo puedo prestaros una piqueta para las reformas.

Todas se echaron a reír y volvieron a abrazarse.

— Por cierto, Romualdo es un nombre con bastante gancho, ¿no creéis? —Romina hizo una pausa—. Romi y Romu.

—Te esperan nueve meses muy largos, compañero.

Jesús le dio una palmada en la espalda a Kerem y los demás se acercaron para felicitar a la pareja.

Más allá de los ventanales empezaron a caer los primeros copos de nieve, que se unieron a la alfombra blanca que ya adornaba el paisaje invernal en una escena perfecta.

Kerem entrelazó los dedos con los de Romi para que se volviera hacia él.

—En Turquía se dice que un enamorado es aquel que, corriendo sobre la nieve, no deja huellas de sus pasos —murmuró antes de inclinarse para darle un beso en los labios.

Las reacciones ante una frase tan ñoña no se hicieron esperar y la casa rural se llenó de silbidos y exclamaciones. Aunque eso fue justo antes de que Jorge sujetase la cara de Anisi para besarla a su vez, Jesús tirase de Chus para sentarla en su regazo en el sofá y unir sus bocas, Óscar mirase a Vero a los ojos con el pulso acelerado, Fernando y Tere se fundiesen en un apasionado abrazo e Ismael le colocase un mechón a Lena detrás de la oreja con ternura, antes de besar su cuello.

Porque con el amor de las chicas del JB, ninguno de ellos tocaba el suelo.

Si te ha gustado

*Entre bromas de amor*

te recomendamos comenzar a leer

*Un corazón que conquistar*

de *Joan Norwood*

Prólogo

*Noviembre de 1806. Londres*

La casa de Helmet Square era lujosa y muy elegante. Gregory Sullivan se detuvo a observar las fascinantes vidrieras de colores en tonos azules, rojos y morados, ensalzadas por el delicado trabajo de orfebrería del emplomado. Las había visto en la catedral de Chartres, en Francia, y en otros muchos templos que había visitado durante sus viajes de negocios, pero jamás en una vivienda. Aunque no le sorprendía que el jefe de espías se hubiera permitido aquella extravagancia en la fachada de su mansión; era un tipo bastante inclinado a demostrar con hechos lo mucho que había conseguido medrar en la vida.

—¿Un Sully´s? —le propuso nada más entrar en el despacho.

Gregory torció la sonrisa con orgullo. Nada le gustaba más a un hombre que el reconocimiento de su propia estirpe. Aceptó el trago y dejó que el amargo bocado de licor descendiese por su garganta, eliminando cualquier otro pensamiento que no fuera el puro gozo de paladear la receta ancestral de los Sullivan. Era como degustar el esfuerzo de varias generaciones exprimido en unas cuantas gotas de elixir. *Uisge-beatha*; agua de vida. Tomó asiento en el lujoso sofá de piel de color café estilo Chesterfield, que no era cómodo pero que tampoco pretendía serlo. El interior de la vivienda era ostentoso y distinguido, aunque sobrio y muy masculino. La pieza más fascinante, en opinión de Sullivan, era la gran mesa de madera de nogal que ocupaba casi la mitad del despacho del jefe de espías.

—Esta fue una cosecha más amarga —recordó con nostalgia.

Holgaba decir que, si bien se sentía satisfecho en extremo por haber conseguido producir su whisky de manera legal, era un ferviente admirador de las añadas de su época clandestina.

—Me gusta la de ese año —señaló Samuel Gardner con un gesto de sus dedos sobre la garganta—. Quema lo justo cuando pasa.

—Sí —admitió—, hace que merezca la pena.

Sully inspiró y se bañó el paladar con otro sorbo. Había sido, sin duda, la gesta de su vida. Mucho habían cambiado las cosas desde aquel otoño de 1803, cuando un grupo armado de agentes británicos interceptó su alambique de las *Lowlands* y lo detuvo por agredir a varios de aquellos hombres. No era la primera vez que rozaba la muerte, pero ese día había estado muy cerca. Samuel Gardner lo había impedido.

—Recuerdo que un día me hice una promesa, ¿nunca te lo he contado?

—¿Sobre el Sully´s? —preguntó intrigado.

Gardner asintió.

—Me prometí que algún día tendría mi propio alijo. Que no lo tomaría cuando me lo ofreciera algún pez gordo, sino que sería yo quien se lo serviría a ellos. Y tuve esa epifanía junto a un cargamento de la Dama Verde, justo la noche antes de que Napoleón se convirtiera en el azote de Europa.

Greg reaccionó a eso con leve sorpresa, aunque no le extrañaba que tal suceso hubiera tenido

lugar. Sabía que el jefe de espías había llegado hasta él porque seguía la pista de su familia.

La Dama Verde había sido el féretro elegido por su padre. Siempre decía que quería que la muerte lo encontrase al timón de su barco. El océano atlántico y una furiosa tormenta eléctrica de verano habían cumplido su deseo cuatro años atrás cuando un rayo había partido la popa del navío. Sully ya se desempeñaba como su contramaestre y mano derecha —«el heredero», como siempre lo llamaba—, pero desde su muerte se había hecho cargo del negocio. Le gustaba pensar que él se sentía orgulloso de las decisiones que había tomado para legalizar la destilería de los Sullivan.

—¿Es ese el motivo por el que hiciste que nos otorgaran la licencia? —inquirió en tono burlón.

En tiempos en los que se perseguía el contrabando ilegal de whisky en toda Escocia, y especialmente en las *Lowlands*, Gregory Sullivan había conseguido que el Parlamento británico expidiera una licencia de legalización de su destilería en Edimburgo, donde solo un pequeño porcentaje de productores no se dedicaban al comercio clandestino. En fin, sería más acertado decir que Samuel Gardner lo había conseguido por él. El Sully´s había pasado de esconderse en las bodegas de los hombres más acaudalados del Imperio británico a lucir en los mejores salones de Londres. La prebenda había incluido una exoneración real por los delitos cometidos hasta la fecha, que no eran pocos.

—No creerás que fue por tu cara bonita, ¿verdad?

Ambos rieron por la chanza. En realidad, el whisky de los Sullivan no se había posicionado como el más codiciado y vanagloriado licor escocés en Inglaterra por las acciones de ninguno de los hombres que estaban sentados frente a la chimenea. No, la reputación del Sully´s se había forjado durante generaciones; y ya era el preferido de los británicos cuando operaba en la clandestinidad. La novedad, tras la licencia, era que se había convertido en un valor al alza y un signo de distinción entre la aristocracia y la clase acomodada londinense; no cualquiera podía pagar su precio. Daniel Sullivan debía estar revolcándose de puro placer en su tumba. Gregory elevó su vaso al cielo y brindó a la salud de su padre.

—Bueno, ¿por qué me has hecho volver de Edimburgo?

—No había mucha gente a la que pudiera recurrir para esta misión.

—¿Necesitas alguien con mi talento? —preguntó con arrogancia, alzando una ceja para darse importancia.

—Necesito alguien de confianza —adujo con seriedad.

A Gregory Sullivan, que aquel hombre, que le había salvado la vida, le considerase alguien imprescindible dentro de su organización, le proporcionaba una satisfacción indescriptible. Estaba en deuda con Gardner. Daba igual cuánto hiciera por él. Jamás llegaría a pagarla.

—Estoy a tus órdenes.

—Voy a necesitar que te conviertas en la sombra del primer ministro.

—¿De Grenville?

Otro trago de ardiente brebaje escocés se deslizó por la garganta del jefe de espías, que carraspeó para aclararse la voz.

—Sí. Hace un tiempo interceptamos una carta con información que en su momento no pude descifrar. Formaba parte de los envíos que tenían que entregarse en el catorce de Rowell Cross.

—Fleures —concluyó Gregory. Todos los agentes que trabajaban a las órdenes de Gardner sabían dónde residía el testaferro de la Policía secreta francesa en Londres.

Jean Baptiste Fleures era aquel enemigo público al que permitían pasearse por su país, del mismo modo que Robert Leeds era el agente oficial de Inglaterra en París. Era un bastardo tramposo y ladino que no respetaba las reglas del juego y que se había convertido en un auténtico incordio para la agencia.

—Como te digo, nos costó bastante descifrar la carta. Cuando al fin lo conseguimos, esta contenía una serie de instrucciones muy detalladas sobre la agenda del primer ministro. Datos sobre sus empleados, la seguridad de su casa en Londres…

Sully valoró aquella información con un largo silbido.

—Eso suena a que lo están cercando.

Gardner le pasó un papel. Había una especie de código en la mitad superior del folio y lo que se suponía que era una traducción en la parte inferior. En efecto, contenía información sensible que hacía sospechar de una vigilancia exhaustiva sobre el barón Grenville.

—La interceptó uno de mis hombres. Como puedes ver se refiere a *Pigeon*, que es el nombre en clave que usamos para el primer ministro.

—¿Y cómo sabes que no habla de Pitt? No hace tanto que ha fallecido.

William Grenville llevaba apenas unos meses ocupando el cargo y, en opinión de Sully, aún no había hecho nada tan trascendente como para que quisieran quitarlo del medio.

—Fue la mención a «la promesa escocesa» la que me llevó a pensar en Grenville. Me costó un tiempo descifrarlo, pero acabé por deducir que se refieren a su hija, Elsbeth, que como sabrás es la variante escocesa de Elisabeth. El barón sale todas las semanas con su hija a pasear en caballo. Podría ser un dato más sin ninguna importancia —comentó con un encogimiento de hombros—, pero tiene que haber un motivo para que lo mencionen.

—Eso no explica por qué me querías a mí en la misión.

Gardner mostró su diversión con un gesto oblicuo de la boca.

—Sea quien sea el traidor, tiene sus tentáculos metidos en esta organización. No voy a entrar en detalles, pero estoy convencido de que alguien está jugando a despistarnos, y tiene conocimiento de las misiones en las que trabaja la división Pampilo. No puedo confiar en mis propios hombres.

Sully contuvo el impulso de silbar de nuevo. La división Pampilo —o agencia, como lo llamaba Gardner para no levantar sospechas— era una facción clandestina del servicio de espionaje británico. Los que trabajaban a las órdenes del apodado «Jefe de espías» eran absolutos fantasmas, cuyas identidades no conocían ni siquiera los miembros del Gobierno. Reconocer que

había alguien dentro de la organización que podía estar traicionando la lealtad británica era tanto como admitir que el cuerpo de agentes al que había dedicado su vida se había convertido en un nido de víboras.

Le encantaría poder ponerlo en duda, pero si había alguien con instinto de conservación y con una perspicacia mayúscula, ese era Samuel Gardner. Cuando él creía tener un topo, era porque lo tenía.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Te vas a convertir en un huésped de honor en casa de Grenville. Eres una persona de moda, por tanto, no levantará sospechas que te acojan durante una temporada. Nadie debe saber que formas parte de su escolta personal. Tú, de hecho, serás su único escolta, junto con el nuevo cochero. No quiero que nadie sepa que lo tenemos bajo vigilancia.

—¿Hacerle de niñera? ¿Solo eso?

Gardner sonrió.

—Si yo fuera el tipo que pretende asesinar a uno de los hombres más importantes de Inglaterra tendría a alguien metido dentro de su entorno más cercano. Encuentra a esa persona.

Sully dejó salir una sonrisa al tiempo que notaba correr por sus venas la anticipación de una nueva misión. Se había incorporado a las filas de la división Pampilo tres años atrás, a cambio de que su delito por agresión a la autoridad desapareciera. Sus intervenciones eran muy puntuales, pero siempre satisfactorias.

—¿Grenville sabe que está amenazado?

—Es el primer ministro. ¿Crees que puedo sencillamente ponerle «una niñera» y no darle explicaciones?

Le extrañó la pregunta. Era el mismísimo Samuel Gardner.

—Sí.

Su interlocutor rio ante la seguridad de su respuesta y entrecerró los ojos en su dirección.

—Sí, lo sabe. Y ya ha dejado caer la noticia de tu visita en su entorno más cercano. Intentaremos vernos lo menos posible durante esta misión. No quiero que se me relacione de ningún modo con la teoría de que tenemos vigilado al primer ministro. Nos comunicaremos a través de mensajes cifrados —explicó al tiempo que le tendía una nota—. Esa es la dirección de Eleanor Wood, la prometida del marqués de Roshtell.

—¿Roshtell se casa? —preguntó, intrigado.

—En efecto. Con la nueva criptógrafa de la división Pampilo. —Cuando Sully hizo el amago de hablar, Gardner lo detuvo con un gesto—. Es una historia muy larga; te la contaré en otro momento. La cuestión es que la señora Wood ha desarrollado un nuevo código. Ve esta noche a visitarla y te lo explicará. Te estará esperando.

—Está bien —respondió con una inesperada impaciencia por comenzar a trabajar—. ¿Cuándo tengo que presentarme en casa de Grenville?

—Mañana. Ya hemos perdido mucho tiempo en descifrar ese maldito código y en hacerte

venir de Edimburgo. Tenemos que averiguar quién investiga al primer ministro y por qué. He puesto a un hombre a vigilar el correo que le llega a Fleures, y también he designado a alguien con mucha experiencia para que actúe en calidad de cochero de Grenville. No puedes estar con él todo el tiempo, de modo que siempre podrás contar con ese apoyo. Ahora bien, la responsabilidad recae en ti por completo. Desde mañana te convertirás en su sombra. Incluso cuando ni él mismo sepa que estás ahí.

Sullivan enarcó una ceja y después le dio otro trago a su vaso.

—Necesitaré a unos cuantos de mis hombres. —Detuvo la réplica de su interlocutor con un gesto de la mano—. No tienes que preocuparte por su discreción o por su eficiencia. Les confiaría mi vida, y ni siquiera sabrás que están ahí.

Lo que Gregory había reunido con el paso de los años no era solo un equipo de secuaces, sino una familia. Eran los hombres de su padre, más algunos que había logrado captar desde que se había convertido en el jefe de los Sullivan. Había familias enteras dedicadas al negocio del contrabando, como los Sheridan, por quienes Greg sentía un gran respeto. Desde el abuelo, Cameron, que controlaba los envíos dentro del alambique; el padre, Evan, que capitaneaba uno de sus barcos; hasta Effie, la hija menor de Evan, que vigilaba la costa en las noches de descarga; todos ellos eran gente trabajadora y leal a quienes Gregory siempre recurría ante cualquier contratiempo. También tenía a varios rastreadores entre sus chicos. Le vendrían de perlas para esa misión.

—No quiero más gente implicada en esto.

—Y yo necesito estar seguro de que tu primer ministro no se me escurre entre los dedos. Son mis condiciones, Gardner. No aceptaré si no me dejas hacer las cosas a mi manera.

El Jefe de espías entrecerró los ojos con cierto aire de obstinación. Sabía que era una acción arriesgada proferir cualquier tipo de ultimátum en una negociación con aquel hombre, pero todo buen contrabandista sabía que podía presionar cuando estaba en el lado acertado de una transacción. Era Inglaterra la que quería algo de él; no les quedaba más remedio que jugar con sus reglas.

Consciente de ello, Gardner terminó por asentir y se relajó lo suficiente para rellenar los vasos de whisky de ambos.

—¿Vendrá tu hermano Aidan? —preguntó.

Pese a que le gustaba tener cerca a sus hombres de confianza, en lo referente a su familia de sangre Gregory era excesivamente protector; o al menos, eso era de lo que se le acusaba. Daniel Sullivan había sido prolífico en cuanto a esposas e hijos y eso le había dejado a Greg un vasto linaje del que cuidar: cinco hermanastros para ser exactos.

De su segundo matrimonio con una mujer inglesa, Caroline Ashton, habían nacido Marcus y Emily, que resultaban ser los más juiciosos de todos los Sullivan. La unión con Malen O´Neill, sin embargo, había engendrado escoceses de pura cepa: arrogantes, testarudos y temerarios. Tanto Aidan como Rhys eran un constante quebradero de cabeza para Gregory. Aunque, sin

duda, la palma se la llevaba la pequeña Morgan, que con solo quince años ya había estado a punto de conducirlo al infarto en más de cien ocasiones.

—Voy a intentar mantenerlos al margen de esto. Si hay asesinos de por medio, prefiero que se queden en Edimburgo, sanos y salvos.

Como siempre que hablaban de su familia, una sombra cruzó por la mirada solitaria del Jefe de espías. Greg nunca había estado seguro de si le producía incomodidad o envidia.

—¿Te das cuenta de que envías al contrabandista más reconocido de Escocia a la vivienda del primer ministro inglés en calidad de invitado de honor? —retrucó para cambiar de asunto.

Gardner entonó una sonrisa que caminaba entre la arrogancia y la picardía.

—¿Acaso no es una jugada maestra?

—Siempre que los Grenville estén de acuerdo… Yo me dejaré agasajar tanto como ellos quieran.

—Ellos están encantados —le aseguró con una firmeza que no le pareció muy convincente.

# Entre bromas de amor

Las chicas del JB se han reunido para pasar un fin de semana junto a sus parejas en el idílico paisaje nevado de la sierra de Gredos. El encuentro fuera del Lolita's no solo es una escapada que promete momentos románticos y divertidos, sino que coincide con una fecha muy especial que están más que dispuestas a celebrar… aunque sus chicos no tengan ni idea de lo que les espera.

Y es que cuando Vero, Romi, Tere, Chus, Anisi y Lena se juntan, puede pasar cualquier cosa…

**Ana Álvarez** nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.
Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

**Ana E. Guevara**. Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en ele-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.

**Ava Cleyton** está ligada a la literatura en cuerpo y alma. Licenciada en Filología Hispánica por la UNED, ha desarrollado toda clase de actividades relacionadas con el apasionante mundo de las letras. Su primera novela *El tiempo de la razón perdida*, fue publicada en 2009. Mujer comprometida Ava ha autopublicado *Koke, diario de un valiente*, e-book. Diversos reconocimientos en el camino demuestran su valía. Estos son algunos de ellos: Primer premio en Certamen literario 4º aniversario Atento Toledo con el relato *Patente de Corso* (2010), Finalista Concurso Miguel Delibes (Atento nacional) con *El marido engañado y la teleoperadora excelente* (2011), Premio Narrativa Corta Palabras de Mujer 2012 con *Lunas Vacías...*

**Isabel Jenner** nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no

desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

**Sandra Bree** (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas… Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: enero de 2021

© 2021, Ana Álvarez, Sandra Bree, Isabel Jenner, Ana E. Guevara y Ava Cleyton
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Diseño portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imágenes de ISTOCK: CoffeeAndMilk, Benidio, Baks, RomoloTavani

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-29-4

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

**Penguinlibros.club**

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

# NOTAS

## Habitación naranja. Chus y Jesús

[1] Juego de mesa de misterio.

# Índice

Entre bromas de amor

Habitación azul. Romi y Kerem
Habitación coral. Anisi y Jorge
Habitación naranja. Chus y Jesús
Habitación morada. Tere y Fernando
Habitación amarilla. Vero y Óscar
Habitación rosa. Lena e Ismael

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos
Notas